



La naturaleza como personaje en *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera

María Eugenia Restrepo
Egresada TEUC

La *Vorágine* de José Eustasio Rivera, más que ninguna de las novelas clásicas de la literatura colombiana, exhibe la relación del hombre con la naturaleza; una relación que los sumerge en la dinámica de dominar o ser dominado. Para Rivera esta dinámica cobra tal relevancia que, en su novela, eleva a la naturaleza a la categoría de personaje. Indagar sobre el cómo se construye este personaje es el objeto de este ensayo, y como fuente de sustento apelamos a las intervenciones que la naturaleza hace en la historia.

Esta tarea requiere que comencemos por delimitar los términos en los que la premisa se sustenta, para luego descubrir cómo se perfila el personaje Naturaleza en esta obra. Ahora bien, esta tesis se plantea dentro del marco de interpretación que nos ofrece la Ecocrítica de esta novela.

La obra cuenta la historia de Arturo Cova y Alicia, quienes luego de un pequeño romance deciden huir del reproche social y sumergirse en la selva para evitar ser encontrados. Allí viven los

rigores a los que son sometidos los caucheros y entran en contacto con la agreste naturaleza.

Rivera divide su obra en tres partes: en la inicial, la pareja hace su primer contacto con la naturaleza, se maravilla y se deja conquistar por ella; en la segunda, Cova reconoce en la naturaleza a un otro que se conforma como un todo compuesto por elementos que son armonizados por el alma de la naturaleza, y en la tercera Cova considera a la naturaleza como una tortuosa cárcel que ha cambiado irremediablemente su vida.

La ecocrítica

La crítica literaria no ha sido ajena a la conciencia ecológica de la que hace gala hoy el hombre. Por ello, la ecocrítica se preocupa de estudiar el papel que cumple la literatura en el desenvolvimiento de la relación de los seres humanos con su ambiente. Así mismo, analiza las relaciones que establece el trabajo literario entre los diferentes grupos biológicos que

coexisten en sus historias. De esta manera, la ecocrítica configura un punto de vista sobre la literatura que involucra estudios interesados por la naturaleza, guiados por las diversas teorías literarias preexistentes (ver Bula, 2009).

Este ensayo es, entonces, un buen ejemplo del papel que cumple la ecocrítica, pues analiza la relación del hombre con la naturaleza y las relaciones existentes entre las partes que conforman la naturaleza, a la luz de la composición literaria de José Eustasio Rivera. Busca, bajo este enfoque, demostrar que la relación hombre-naturaleza en *La Vorágine*, se desarrolla en un plano que constituye a la naturaleza como personaje, para interactuar con el hombre.

Así, el actuar de la naturaleza obedece a una voluntad que es propia de una figura cuyas características descubriremos en el texto mismo.

Arturo Cova como narrador

Para sustentar la premisa, 'José Eustasio Rivera eleva a la naturaleza a la categoría de personaje en su novela *La Vorágine*', debemos comenzar por establecer quién es el narrador en este relato, para con ello definir el punto de vista desde el cual se construye el personaje Naturaleza y se perfilan sus características.

El marco de composición narrativa de la novela se encuentra en el prólogo firmado por el mismo José Eustasio Rivera. En él introduce la historia de *La Vorágine* como narrada en su totalidad por Arturo Cova, "Señor Ministro: De acuerdo con los deseos de S.S. he arreglado para la publicidad de los manuscritos de Arturo Cova, remitidos a ese Ministerio por el Cónsul de Colombia en Manaos" (José Eustasio Rivera, 2006, 327).

De esta forma, podemos afirmar que las palabras son de Cova, incluso en los momentos en los que la voz narrativa la lleva otro personaje. Es decir, que incluso en aquellos tramos de la historia en los que la voz de Clemente Silva describe sus peripecias en la selva, es Arturo Cova quien narra. Es él quien ha consignado en sus manuscritos las palabras de Clemente Silva. Y no hablamos de una univocidad en el punto de vista desde el cual se percibe a la naturaleza, pues es evidente que, en el desarrollo de la historia, dife-

rentes personajes toman la vocería para referirse a su experiencia con ella. No obstante, es Arturo Cova quien escribe la historia y, como creador, compone en el conjunto de la narración un único perfil en lo que corresponde a la naturaleza como partícipe en la novela.

Por otro lado, el papel de narrador encarnado en Arturo Cova también se delata cuando intercala múltiples personas gramaticales en su relato, "Alicia, abrazándome llorosa y enloquecida, repetía esta plegaria: —¡Dios mío, Dios mío! ¡El sol, el sol!/ Luego, nosotros, prosiguiendo la marcha, nos hundimos en la inmensidad" (2006, 48). Así, el gerundio "abrazándome", indica que quien está afectado por la acción es el mismo narrador. De igual manera, al hablar de "nosotros", el narrador se hace partícipe de la acción, y la voz en este tramo de la historia es la de Arturo Cova.

Otros ejemplos que revelan a Arturo Cova como narrador, nos ilustran sobre el cómo la narración está afectada por su vivencia personal. Este punto puede apreciarse en el fragmento de la carta de Arturo Cova en la cual manifiesta una posición particular y personal en esta interacción con la naturaleza, "sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación" (Rivera, 2006, 328).

Su experiencia con la naturaleza y las circunstancias que rodean los momentos en los que el narrador escribe su texto, le imprimen un perfil particular a la naturaleza como personaje. "¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice el peñón, la onda que se despidе, el arrebol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios" (2006, 117). Porque es para Cova para quien la naturaleza cobra vida e interactúa con el resto de los personajes:

¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¡Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabe-

llones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos... ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbra las hojarascas de tus senos húmedos (2006, 42).

Este panorama nos permite establecer la univocidad del perfil que se define de la naturaleza en la novela. Es decir, definir que este perfil es uno sólo, el que le da Arturo Cova y no varios como a simple vista pudiera pensarse, a partir de las experiencias narradas en voz de otros personajes. Esta claridad nos da la certeza de que es su visión de lo que la naturaleza es, y no otra, la que se plasma en la narración.

De esta forma, apoyarnos en Arturo Cova para establecer el papel y características de la naturaleza en *La Vorágine*, nos da una visión cierta y global de lo que en el relato ocurre.

La definición del término “naturaleza”

Para el propósito de este análisis se hace necesario establecer los límites que el término naturaleza tiene en la obra. Y diremos entonces que la naturaleza comienza a manifestarse en el primer contacto que la pareja de Alicia y Arturo Cova tiene con el llano,

Aquella noche, la primera de Casanare, tuve por confidente al insomnio. / Al través de la grasa del mosquitero, en los cielos ilimites, veía parpadear las estrellas. Los follajes de las palmeras que nos daban abrigo enmudecían sobre nosotros. Un silencio infinito flotaba en el ámbito, azulando la transparencia del aire (2006, 36).

Luego, al dejar el llano, la naturaleza cambia su fisonomía, “Al descender el barranco que nos separaba de la curiara, torné la cabeza hacia el límite de los llanos, perdidos en un nébula dulce, donde las palmeras me despedían.

La experiencia con la naturaleza y las circunstancias que rodean los momentos en los que el narrador escribe su texto le imprimen un perfil particular a la Naturaleza como personaje

Aquellas inmensidades me hirieron, y, no obstante, quería abrazarlas” (2006, 146). Pero sigue siendo una sola, una naturaleza que se concreta en dos de sus paisajes, el llano y la selva. Una sola presencia que se manifiesta ante Arturo Cova, “Entre tanto continuaba el silencio en las melancólicas soledades, y en mi espíritu penetraba una sensación de infinito que fluía de las constelaciones cercanas” (2006, 43). Porque en el instante narrado por esta última cita, Arturo y Alicia se aprestan a dejar su ámbito natural, la comodidad de la ciudad, para entrar en contacto con este ser a quien presienten en toda su inmensidad.

Pero no son sólo los paisajes los que conforman la naturaleza, ella se presenta como un todo compuesto por partes, como una totalidad organizada, y esto se manifiesta en el paisaje del llano:

Las estrellas se adormecieron, y en la lontananza de ópalo, al nivel de la tierra, apareció un celaje de incendio, una pincelada violenta, un coágulo de rubí. Bajo la gloria del alba hendieron el aire los patos chillones, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso vuelo, las guacamayas multicolores. Y de todas partes, del pajonal y del espacio, del desierto y de la palmera, nació un hálito jubiloso que era vida,



era acento, claridad y palpación. Mientras tanto, en el arrebol que abría su palio inconmensurable, dardeó el primer destello solar, y, lentamente, el astro, inmenso, como una cúpula, ante el asombro del toro y la fiera, rodó por las llanuras, enrojeciéndose antes de ascender al azul (2006, 48).

Y también lo hace en el paisaje selvático, “Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca” (2006, 143). Partes que se organizan bajo una voluntad que procura su supervivencia, “Y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multísonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones” (2006, 143). Esta voluntad se comporta como un espíritu, como el alma que reina sobre la vida y la muerte, y en este ciclo garantiza su supervivencia. Esto porque más que razonar, esta alma siente y reacciona para conservar la armonía de sus componentes, “Aunque ignorados ríos nos ofrecían prodiga pesca, la falta de sal nos mermó el aliento y a

los zancudos se sumaron los vampiros. Todas las noches agobiaban los mosquiteros, rechinando, y era indispensable tapar los perros” (2006, 172). En este pasaje de la historia, la selva encarna a la naturaleza y se defiende de la invasión del hombre que ha llegado a herir sus entrañas y extraer su caucho.

Para lograr esta armonía de las partes, la naturaleza no sólo reacciona frente a agentes externos, sino que, somete a sus elementos a un orden que garantiza el mantenimiento de su *statu quo*:

Por doquiera el bejuco de matapalo –rastreo pulpo de las florestas– pega sus tentáculos a los troncos, acogotándolos y retorciéndolos, para injertárselos y trasfundírselos en metempsicosis dolorosas. Vomitan los bachaqueros sus trillones de hormigas devastadoras, que recortan el manto de la montaña y por anchas veredas regresan al túnel, como abanderadas del exterminio, con sus gallardetes de hojas y flores. El comején enferma los árboles cual galopante sífilis, que solapa su lepra suplicatoria mientras va carcomiéndoles los tejidos y pulverizándoles la corteza, hasta derrocarlos, súbitamente, con su pesadumbre de ramazones vivas. / Entre tanto, la tierra cumple las sucesivas renovaciones: al pie del coloso que se derrumba, el germen que brota; en medio de los miasmas, el polen que vuela; y por todas partes el hálito del fermento, los vapores calientes de la penumbra, el sopor de la muerte, el marasmo de la procreación (2006, 239).

La cita es bastante explícita y nos dibuja la dinámica bajo la cual la naturaleza somete a sus partes a su propia ley, en aras a garantizar la supervivencia de ella como conjunto, y de cada una de sus partes como especie.

Ahora bien, la naturaleza no siempre es agresiva con el hombre; de hecho, lo acoge como parte suya cuando éste se somete a su ley. Es el caso de los nativos, quienes admiten su poderío y tienen conciencia de ella como un ser independiente. Un ser cuya alma es reconocida y encarnada en la historia por la indiecita Mapiripana.

Se nos ha dibujado una naturaleza que se muestra en la historia de *La Vorágine*, como un Todo compuesto por una mixtura que obedece a una única alma; un todo que exalta en la novela dos de sus paisajes, la selva y el llano, y en el que no están incluidos los hombres

La indiecita Mapiripana es la sacerdotisa de los silencios, la celadora de los manantiales y lagunas. Vive en el riñón de las selvas, exprimiendo las nubecillas, encauzando las filtraciones, buscando perlas de agua en la orilla de los barrancos, para formar nuevas vertientes que den su tesoro duro a los grandes ríos. Gracias a ella, tienen tributarios el Orinoco y el Amazonas. (2006, 173).

Así, intuita por aquellos que conviven cerca de sus entrañas, el alma de la Naturaleza se hace leyenda para advertir a los hombres que es ella quien ordena los procesos que se generan en su interior; “Los indios de estas comarcas le temen, y ella les tolera la cacería, a condición de no hacer ruido” (2006, 173), esto dice Helí Mesa cuando cuenta su historia.

Sin embargo, de otra manera se comporta con aquellos que ven en la naturaleza algo ajeno a sí mismos. Es el caso de Arturo Cova, “En ella me despido de lo que fui, de lo que anhelé, de lo que en otro ambiente pude haber sido. ¡Tengo el presentimiento de que mi senda toca a su fin, y, cual sordo zumbido de ramajes en la tormenta, percibo la amenaza de la vorágine! (2006, 323). Es Arturo quien al final del recorrido reconoce a la naturaleza como su enemigo, porque la ha visto asumir esta posición frente a otros que, como él, no se reconocen como parte suya, “Teniendo a la selva por enemigo, no sabe a quién combatir, y se arremeten unos a otros y se matan y se sojuzgan en los intervalos de su desnudo contra el bosque” (2006, 241). Le ha visto actuar e influir en los hombres a quienes considera sus adversarios, para causar su destrucción.

De esta manera, se nos ha dibujado una naturaleza que se muestra en la historia de *La Vorágine* como un todo compuesto por una mixtura que obedece a una única alma; un todo que exalta en la novela dos de sus paisajes, la selva y el llano, y en el que no están incluidos los hombres que, como Arturo Cova, no establecen con ella una relación simpática porque no se consideran parte suya. Así, partiendo de esta definición, pasaremos a descubrir el perfil que Cova le da a la naturaleza en esta obra.

La naturaleza como personaje

El carácter de personaje de la naturaleza se manifiesta claramente en pasajes de la historia en donde ella asume comportamientos de agente participante en la trama. Pero no lo hace de manera explícita, sino que, más bien, estas actitudes y este carisma son expresados por medio del comportamiento de sus partes, que obedecen, como hemos visto, a la voluntad del alma de la naturaleza. Un ejemplo podemos encontrarlo en la siguiente cita,

...dimos con los peñones del desbordado Meta. Desde allí mirábamos hervir las revolucionadas hondas, en cuyos crestones mojábanse los rayos en culebreo implacable, mientras que los barrancos ribereños se desprendían con sus colonias de monte virgen, levantando altísimas columnas de agua. Y el estruendo de la caída era seguido por el traqueteo de los bejucos, hasta que al fin giraba el bosque en el oleaje, como la balsa de espanto (2006, 126).

La naturaleza y sus manifestaciones orquestan las tensiones en la historia. Arturo huye de la justicia a la vez que busca demostrar que es tan fuerte como cualquiera de los lugareños, tanto como para recobrar el ganado que ha huido en estampida. A Cova le esperan los rigores de esta vida y la selva anticipa la tensión de sus emociones.

El mismo Arturo Cova reconoce abiertamente a la Naturaleza como un otro, encarnado esta vez en la selva, a quien interpela.

¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos... ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbra las hojarasca de tus senos húmedos (2006, 142).

Y a partir de este momento de la historia la presencia de la naturaleza se hace más contundente. Es aquí cuando se muestra como ese todo compuesto por partes y conducido en una sola alma, de la que hablamos al configurar su concepto.

Otro ejemplo lo vemos en la siguiente cita,

Mientras proseguíamos silenciosos principié a lamentarse la tierra por el hundimiento del sol, cuya vislumbre palidecía sobre las playas. Los más ligeros ruidos repercutieron en mi ser, consustanciando a tal punto con el ambiente, que era mi propia alma la que gemía, y mi tristeza, la que a semejanza de un lente opaco, apenumbra todas las cosas. Sobre el panorama crepuscular fuese ampliado mi desconsuelo, como la noche, y lentamente una misma sombra borró los perfiles del bosque estático, la línea del agua inmóvil, las siluetas de los remeros... (2006, 146).

Este personaje afecta el ánimo de Arturo Cova. Se evidencia que él la ve como un “otro”, que ahora se muestra a través de tierra, y que se despidió del sol como lo haría una amante con el amado que se va.

Y uno más en esta,

Esta selva sádica y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos. En estas soledades, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas, distendidas hacia el salto, hacia la traición, hacia la acechanza. Los sentidos humanos equivocan sus facultades; el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: <<¡Huyamos, huyamos>> (2006, 240).

Cuando Arturo Cova nos habla de afectar el ánimo con una alucinación inferimos una voluntad que procura este efecto. Y el personaje se muestra cuando Cova le atribuye una psicología. Incluso si pensamos en que se refiere sólo al vegetal, pues debemos recordar que hemos dicho ya que la naturaleza, en la historia de *La Vorágine*, se conforma como un todo compuesto por partes, y que es precisamente a través de sus partes que muestra su carisma. Así, entonces, la psicología, la voluntad de afectar el ánimo, la facultad de hablar y el poder que Cova



En *La vorágine*, la naturaleza se presenta como un personaje variable, algunas veces caprichosa, otras tantas agresiva, e incluso coqueta.
Foto: www.sxc.hu

le atribuye a la selva, son facultades de la naturaleza misma que se manifiestan a través de ella. Así, la Naturaleza se deja ver como un sólido personaje cuyos movimientos afectan a los demás personajes,

[...] con angustia jamás padecida quise huir del llano bravío donde se respira un calor guerrero y la muerte cabalga a la grupa de los cuartagos. Aquel ambiente de pesadilla me enflaquecía el corazón, y era preciso volver a las tierras civilizadas, al remanso de la molicie, al ensueño y a la quietud (2006, 134).

En esta, tal como en las anteriores citas, se evidencia una reacción al actuar de la naturaleza. Es decir, una participación efectiva de la naturaleza en la trama de la historia, de la cual el narrador marca su talante misterioso y establece con ello un elemento diferencial que le permite distinguirse perfectamente de otros personajes.

Debemos considerar también que la naturaleza en la obra de Rivera se vale de sus partes para interactuar con el hombre; desde las palmeras que dan apertura al gran llano, hasta los árboles que componen la espesa selva; el cielo, el viento, la vegetación, el agua, los indígenas nativos y los animales, todos ellos como componentes de ese gran todo que el autor llama Vorágine. Y es esta mixtura la que se comporta como personaje en la historia de Rivera.

El perfil del personaje Naturaleza

La personalidad de la naturaleza se perfila a partir del interactuar de los elementos que la componen y de la interacción con los hombres. Este interactuar se configura mediante la acción. Así, la acción marca la participación de la naturaleza como personaje, es decir, la acción muestra la personalidad de la Naturaleza cuando esta se desarrolla al interior de la naturaleza como ese todo compuesto por partes, y la muestra también en su relación con el hombre.

Ahora bien, cada acción conlleva a una reacción, y es esta dinámica la que nos describe Arturo Cova en su narración, “Alrededor de la hoguera el tigre, rugía, y hubo momentos en que

La experiencia con la naturaleza y las circunstancias que rodean los momentos en los que el narrador escribe su texto, le imprimen un perfil particular a la naturaleza como personaje

los tiros de nuestros fusiles alarmaron las selvas, siempre interminables y agresivas” (2006, 172). El tigre reacciona ante la hoguera y la selva se alarma ante los tiros de fusil.

La Naturaleza se expresa, en ese actuar, como un personaje femenino,

La brisa del anochecer refrescaba el desierto, y de repente, en intervalos desiguales, llegó a mis oídos algo como un lamento de mujer. Instintivamente pensé en Alicia, que acercándose me preguntaba:

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

Reunidos después, sentíamos la sollozante quejumbre, vueltos hacia el lado donde venía, sin que acertáramos a descifrar el misterio; una palmera de macanilla, fina como un pincel, obedeciendo a la brisa, hacía llorar sus flecos en el crepúsculo (2006, 54).

Ella, la Naturaleza, manifiesta su feminidad a través de la palmera, y así lo percibe Arturo al asociar instintivamente el lamento con Alicia. Cabe anotar que la percepción de Cova es fundamental a la hora de establecer el perfil de la naturaleza, pues hemos dicho ya que él como narrador es quien nos define el personaje. Pero la misma percepción de feminidad de

Una vez que Alicia y Arturo se han adentrado en sus confines, la Naturaleza exhibe su faceta fuerte y corajuda al someter a cada una de sus partes a voluntad, tal como lo haría una mujer caprichosa. Aunque ese capricho sea su manera de mantener el control sobre sus partes y garantizar el *statu quo*. Así, la madre procura la supervivencia de sus crías

la naturaleza la tienen los nativos y por eso su mitificación recae sobre un personaje femenino, el de la indiecita Mapiripana.

Más allá de las percepciones de estos personajes, la naturaleza muestra ciertas características que son propias del género femenino. Es así como se manifiesta como un personaje delicadamente seductor. En esta faceta embriaga a Arturo Cova con los olores propios de los llanos,

Mientras apurábamos el café, nos llegaba el vaho de la madrugada, un olor a pajonal fresco, a surco removido, a leños recién cortados, y se insinuaban leves susurros en los abanicos de los moriches. A veces, bajo

la transparencia estelar, cabeceaba alguna palmera humillándose hacia el oriente. Un regocijo inesperado nos henchía las venas, a tiempo que nuestros espíritus, dilatados como la pampa, ascendían agradecidos de la vida y de la creación (2006, 45-46).

Alicia tampoco escapa a su magia, “Es encantador Casanare —repetía Alicia—. No sé por qué milagro, al pisar la llanura, aminoró la zozobra que me inspiraba” (2006, 46). Esta magia ejercida por la belleza de sus partes, aquieta y encanta, como una madre cuando acoge a sus hijos.

Luego, una vez que Alicia y Arturo se han adentrado en sus confines, la Naturaleza exhibe su faceta fuerte y corajuda al someter a cada una de sus partes a voluntad, tal como lo haría una mujer caprichosa. Aunque ese capricho sea su manera de mantener el control sobre sus partes y garantizar el *statu quo*. Así, la madre procura la supervivencia de sus crías:

[...] la tierra cumple las sucesivas renovaciones: al pie del coloso que se derrumba, el germen que brota; en medio de los miasmas, el polen que vuela; y por todas partes el hábito del fermento, los vapores calientes de la penumbra, el sopor de la muerte, el marasmo de la procreación” (2006, 239).

De la misma manera, el coqueteo de la naturaleza al hombre, esconde la garra que pretende unirlo a sus partes,

La laguneta de aguas amarillosas estaba cubierta de hojarascas. Por entre ellas nadaban unas tortuguitas llamadas galápagos, asomando la cabeza rojiza; y aquí y allí los caimanejos nombrados cachirres exhibían sobre la nata del pozo los ojos sin párpados. Garzas meditabundas, sostenidas en un pie, con picotazo repentino arrugaban la charca tristísima, cuyas evaporaciones maléficas flotaban bajo los árboles como velo mortuario. Partiendo una rama, me incliné para barrer con ella las vegetaciones acuátiles, pero don Rafo me detuvo, rápido como el grito de Alicia. Había emergido bostezando para atra-

parme, una serpiente güio, corpulenta como una viga, que a mis tiros de revolver se hundió removiendo el pantano y rebasándolo en las orillas (2006, 51).

Ese unirlo a sus partes es su manera de interactuar con el hombre, de integrarlo a ese todo que la conforma. Y en esa interacción muestra el ambiente que crea su agreste y variado aspecto físico, sus luchas, y la contundencia de su presencia.

Buscábamos el abrigo de los montes lontanos, salimos a una llanada donde gemían las palmeras, zarandeadas por el brisote con tan poderosa insolencia, que las hacía desaparecer del espacio, agachándolas sobre el suelo, para que barrieran el polvo de los pastizales crispados... El huracán fue tan furibundo... Oscurecióse el ámbito que nos separaba de las palmeras, y sólo veíamos una, de grueso tallo y luengas alas, que se erguía como una bandera del viento y zumbaba al chispear cual una yesca bajo el relámpago que la encendía; y era bello y aterrador el espectáculo de aquella palmera heroica, que agitaba al rededor del hendido tronco las fibras del penacho flamante y moría en su sitio, sin humillarse a enmudecer (2006, 125–126).

Otros aspectos de la personalidad de la Naturaleza se van dibujando a lo largo de la trama. Es el caso del momento en el cual Alicia y Arturo se han sumergido en medio del llano,

Empezamos a atravesar unos terronales inmensos, de tierra tan reseca y endurecida, que limaba los cascos de las cabalgaduras. Y era necesario avanzar por allí, pues los zulares laberínticos extendían a los lados sus redes de acequias exhaustas, conocidas sólo del tigre y la serpiente (2006, 122).

Enigmática e inconquistable se muestra la naturaleza en este pasaje. Sólo unas páginas más adelante, la naturaleza, aún en el paisaje del llano, exhibe su poder ante sus nuevos visitantes, Alicia y Arturo,

Buscábamos el abrigo de los montes lontanos, salimos a una llanada donde gemían las palmeras, zarandeadas por el brisote con tan poderosa insolencia, que las hacía desaparecer del espacio, agachándolas sobre el suelo, para que barrieran el polvo de los pastizales crispados... El huracán fue tan furibundo... Oscurecióse el ámbito que nos separaba de las palmeras, y sólo veíamos una, de grueso tallo y luengas alas, que se erguía como una bandera del viento y zumbaba al chispear cual una yesca bajo el relámpago que la encendía; y era bello y aterrador el espectáculo de aquella palmera heroica, que agitaba al rededor del hendido tronco las fibras del penacho flamante y moría en su sitio, sin humillarse a enmudecer (2006, 125–126).

El huracán libra a Arturo Cova del peligro de apresamiento. La naturaleza interviene en la trama y castiga a sus partes para servir de cómplice al prófugo. Y el hombre se identifica con la palmera que enfrenta con gallardía la muerte.

En la tercera parte de la novela, Arturo Cova siente a la selva como una tortuosa cárcel. La relación con la naturaleza ha cambiado de tal forma que ahora ella se muestra agresiva,

Por primera vez, en todo su horror, se ensanchó ante mí la selva inhumana. Árboles deformes sufren el cautiverio de las enredaderas advenedizas, que a grandes trechos los ayuntan con las palmeras y se descuelgan en curva elástica... (2006, 238).

La selva deja ver su grandeza que para el hombre, es sinónimo de horror. También deja ver que en su interior, la disciplina es rígida. De tal forma que sus elementos son sometidos al orden que ella impone a través de otros elementos. Así, cada uno es víctima y victimario, y esto es lo que caracteriza a los miembros de la familia de la Naturaleza. Sin embargo, no son ajenos a ese temor que ella despierta, “Después, entre yerbales llovidos donde las palmeras iban enderezándose con miedo” (2006, 127). Y su crueldad es sentida por cada una de sus partes, como se ve en las percepciones de Arturo durante un ritual de yagé:

[...] Dijo que los árboles de la selva eran gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas. Tenían deseos de escaparse con las nubes, pero la tierra lo agarraba por los tobillos y les infundía la perpetua inmovilidad. Quejábanse de la mano que los hería, del hacha, que los derribaba, siempre condenados a retoñar, a florecer, a gemir, a perpetuar, sin fecundarse, su especie formidable, incomprendida. El Pipa les entendió sus airadas voces, según las cuales debían ocupar barbechos, llanuras y ciudades, hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y mecer un solo ramaje en urdimbre cerrada, cual en los milenios del Génesis, cuando Dios flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa de lágrimas.

¡Selva profética, selva enemiga! ¿Cuándo habrá de cumplirse tu predicción?” (2006, 162).

Se perfila aquí la naturaleza como enemiga del hombre, como si sus partes fueran obligadas por el alma de la naturaleza a emprender una cruzada en su contra.

Podría decirse que esta actitud exterminadora de la naturaleza que hacia el hombre es sólo producto de la alteración de la conciencia de Arturo Cova. Pero tal actitud, como una venganza a la agresión que el hombre le ha provocado al extraer su caucho, se manifiesta en otros pasajes de la historia,

[...] *Por vivir en las ciénagas picando goma, esa maldita plaga nos atosiga, y mientras el cauchero sangra los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él. La selva se defiende de sus verdugos, y al fin el hombre resulta vencido* (2006, 190-191).

Esta cita fija la posición del autor frente al papel que la selva juega en su obra. Un ángel vengador que utiliza cualquiera de sus partes para vengarse del hombre que la desangra, y para tal efecto, asume que todos los hombres son iguales, a todos les cabe la misma ley.

La siguiente cita refuerza esta tesis,

[...] *Sólo que la realidad anda más despacio que la ambición y el beriberi es mal amigo. En el desamparo de vegas y estradas, muchos sucumben de calentura, abrazados al árbol que mana leche, pegando la corteza a sus ávidas bocas, para calmar, a falta de agua, la sed de la fiebre con caucho líquido; y allí se pudren como las hojas, roídos por ratas y hormigas, únicos millones que les llegaron al morir* (2006, 191).

Los elementos de la selva materializan la venganza y cobran a un alto precio la ambición humana. Arturo Cova hace conciencia de esta dinámica de dominar o ser dominado a la que las circunstancias le han avocado, y asume el reto,

[...] *Un temblor de ramas no es rebeldía que me inspire afecto. ¿Por qué no ruge toda la selva y nos aplasta como a reptiles para castigar la explotación vil? ¡Aquí no siento tristeza sino desesperación! ¡Quisiera tener con quien conspirar! ¡Quisiera librar la batalla de las especies, morir en los cataclismos, ver invertidas las fuerzas cósmicas! ¡Si Satán dirigiera esta rebelión!...* (2006, 233).

De esta manera, estos dos personajes, Cova y la Naturaleza, se reconocen mutuamente. En este punto de la trama Arturo Cova y Clemente Silva se funden en uno solo como representantes del género humano; es el hombre el que se manifiesta y enfrenta a la naturaleza. Cova reconoce entonces el carácter de su enemigo y la impotencia que lo embarga ante el reto de conocerla; así queda a merced de la manipulación que la selva ejerce sobre sus sentidos. Pero en esta lucha la naturaleza corre el riesgo de aceptar como suyo al hombre, “La selva indirectamente, lo reclamaba como a prófugo” (2006, 244); y el hombre corre el riesgo de dejarse llevar por ella para ser uno más de sus elementos, “¿Por qué los árboles silenciosos han de negarse a decirle al hombre lo que debe hacer para no morir? ¡Y, pensando en Dios, comenzó a rezarle a la selva una plegaria de desagravio!” (2006, 252).

Conclusiones

Nos queda claro así, que la naturaleza actúa en *La Vorágine* como un personaje cuyas acciones le diferencian y le permiten ser reconocida como un otro. Este actuar anticipa las tensiones en la historia y repercute sobre los demás personajes, además de perfilar este personaje como un ángel vengador, cruel y poderoso, que asume una personalidad femenina. Ahora, esa femineidad de la Naturaleza exhibe el papel de una mujer cuyo poder se esconde en la seducción que ejerce su belleza y en su aparente fragilidad.

Se evidencia entonces la relación de esta obra literaria con una visión de mundo incluyente de todas sus partes, en la que el hombre adopta el papel de observador de su entorno para reconocerse como parte suya; quizá, para amainar aquella visión antropocentrista con la que se ha relacionado con la naturaleza en la modernidad. Profundizar en la relación del hombre con la naturaleza en *La Vorágine* para establecer sus intentos de comunicación mutua y el antagonismo que los conmina, complementaría este análisis y será este, entonces, tema de otro ensayo.

Referencias

BULA, G. (2009). "¿Qué es la ecocrítica?" En: Bula, G. y Bermúdez, R. *Alteridad y Pertenencia: lectura ecocrítica de María y La Vorágine*. Bogotá, Ediciones Unisalle.

RIVERA, J. E. (2006). *La Vorágine*. Quito: Editorial Ecuador. (Libresa), segunda edición. ■



El error del surrealismo consistió en creer que basta con la revuelta y la destrucción, que basta con la libertad total. No, no basta con la libertad. Porque una vez la libertad en nuestras manos tenemos que saber qué hacemos con nuestra libertad. Mientras sólo haya que destruir, todo marcha muy bien y hasta experimentamos una cierta alegría: siempre recuerdo la euforia que sentíamos en París cuando insultábamos a un burgués o hacíamos algo pare minar su tranquilidad, su digestión, tranquila, la firmeza de sus convicciones.

Ernesto Sábato, *Hombres y engranajes*, 1951